

cional está pregonando, desde nuestra alma mater, a todos los ámbitos de la patria, la tremenda injusticia que hemos cometido con otros tantos sacerdotes, hombres de Estado, militares y letrados que forjaron esta nación en sus orígenes.

Y aquí nuestra súplica final al nuevo rector Rocha Alvira: Os pedimos la pronta erección de las estatuas del rector Carrasquilla y de Castro Silva para que acompañen a Fray Cristóbal en el Claustro.



[Faint, illegible text visible through the paper from the reverse side of the page.]

La Tragedia del Heroísmo de S. S. Pablo VI

Por MARIO NANNETTI VALENCIA

La visita del Papa Pablo VI ha terminado. Tras de sí este noble peregrino ha dejado en los corazones de millones de seres el recuerdo imborrable de su figura erecta, los brazos extendidos, los ojos fulgurantes, la sonrisa dulcísima. Su presencia en tierra americana ha significado para millones de católicos del nuevo continente una comprensión más personal, más íntima, más real, de las dimensiones espirituales de la Iglesia.

En sus discursos el Vicario de Cristo ha pregonado incansablemente la obligación de todos los cristianos de hacer un esfuerzo sobrehumano para conquistar niveles de vida más adecuados para la mayoría, exigiendo la cooperación voluntaria de todos los sectores para crear una sociedad más equitativa por los caminos de una gigantesca transformación pacífica. Y la sencillez, la tenacidad, el amor, el brillo intelectual, la espiritualidad y el valor con que esa amada figura de blanco impulsó sus ideales hacia nosotros los americanos nos conmovió, nos convenció, y nos hemos propuesto seguirlo fielmente como esperanza y fe.

Pero resulta que su Santidad Pablo VI no es únicamente el Papa. El es un Papa heroico. El Espíritu Santo descendió sobre el sacro colegio de los cardenales tras la muerte del incomparable Juan XXIII y a Pablo VI le tocó ceñirse valerosamente la triple corona en momentos cuando la Iglesia Católica Romana se enfrentaba a una de sus crisis más agudas. Con su diplomacia inigualable y su caridad abrumadora, llevó el revolucionario Concilio Vaticano II a su término adecuado y se preparó a tratar de solucionar la grave crisis que afrontaba su rebaño.

Esta crisis es el resultado de un mar desenfrenado de cambios radicales en el mundo exterior que ruge ensordecedoramente ante las edificaciones majestuosas, medievales, nobilísimas del Vaticano. Un mar cuyos orígenes vienen del propio Renacimiento y cuya fuerza motriz fundamental es la aplicación de la mente del ser humano al dominio de la naturaleza. Un mar dominado por la tecnología, por el materialismo, por la creación vertiginosa de nuevos descubrimientos, nuevas ideas, nuevas conquistas.

El heroísmo de S.S. Pablo VI radica en que ha escuchado la voz del Señor, e igual como lo hizo Pedro hace 2.000 años sobre las aguas del lago de Tiberíades, él ha salido valerosamente a caminar sobre las aguas de ese mar revoltoso y rugiente.

Al hacer eso, S.S. Pablo VI ha encontrado que la tormenta que amenaza su iglesia tiene cuatro manifestaciones fundamentales: primero, la necesidad de definir los cambios adecuados para transformar la estructura administrativa monolítica y centralizada de la iglesia actual en una organización más flexible, más descentralizada, más moderna, que pueda reaccionar exitosamente a los continuos cambios de su mundo exterior e inclusive fomentar y originar cambios ella misma en ese mundo exterior; segundo, la necesidad de promover y acelerar la formación del personal católico especializado que le permita a la iglesia, participar en los frutos y en la dirección de ese mar de cambios que ruge ante sus puertas medievales; tercero, el problema de la mejor distribución de responsabilidades entre su personal directivo, con las dimensiones antagónicas de experiencia versus especialización, senioridad versus juventud, clero versus laicado; y cuarto, la necesidad de dirigir la iglesia entera -su estructura administrativa, su personal directivo, su personal especializado, su laicado participante, y su laicado creyente pero pasivo - en un esfuerzo gigantesco por entender, asimilar y ayudar a dirigir bajo la inspiración del Espíritu Santo ese mar inmenso de cambios, mediante la toma de posiciones claras y cristianas ante cada uno de esos cambios radicales y amenazantes que rugen fuera de las puertas de la Iglesia y que está transformando la definición misma del mundo y del ser humano.

Y aquí yace la tragedia del heroísmo de S.S. Pablo VI. La transformación que la crisis de cambios en el mundo exterior le plantea a la iglesia con esas cuatro manifestaciones fundamentales admite únicamente una solución: el heroísmo. Un heroísmo que jamás podrá satisfacer plenamente a todas las ovejas del rebaño. Un heroísmo donde cada nuevo cambio interno en la iglesia significará satisfacción para unos y desolación para otros. Un heroísmo trágico que reflejará en forma esperanzada el heroísmo trágico de la victoria de Nuestro Señor Jesucristo en la Cruz.

Don Humberto Domínguez Guzmán,
Cura de Alamos y Pucón de Sanitas

Por EDUARDO MENDOZA VALEA

Se le dice al hombre de Dios...
...de la vida...
...de la vida...
...de la vida...



Literatura